LEOPOLDO DE LUIS

# LAS GUERRAS DE JUAN ALCAIDE

COLECCIÓN "JUAN ALCAIDE"
Tercera época
13

EDICIONES DE LA ASOCIACIÓN AMIGOS DE JUAN ALCAIDE
VALDEPEÑAS

Publicación realizada con la colaboración de:
CONSEJERÍA DE CULTURA DE LA JUNTA DE COMUNIDADES
DE CASTILLA-LA MANCHA, CONCEJALÍA DE CULTURA
DEL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO
DE VALDEPEÑAS Y GRUPO A - 7

PRIMERA EDICIÓN
© LEOPOLDO DE LUIS
© EDITA: ASOCIACIÓN AMIGOS DE JUAN ALCAIDE
Cárcel Vieja, 8 - Teléfono (926) 31 01 73
Apartado de Correos 230
13300 VALDEPEÑAS

N.º DE COLECCIÓN: 13

IMPRIME: GRÁFICAS CARRASCOSA, S. L.
C/ Ánimas, 2 - Valdepeñas

ISBN: 84-923291-1-4
Depósito Legal: CR 404 - 98

EDICIÓN NO VENAL

LEOPOLDO DE LUIS

# LAS GUERRAS DE JUAN ALCAIDE

*Conferencia pronunciada por D. Leopoldo de Luis en la Asociación Amigos de Juan Alcaide de Valdepeñas, el día 19 de marzo de 1998, con ocasión de celebrarse la Cuarta Semana de la Poesía y la Primavera, siendo presentado el autor por D.ª Aurora Gómez Campos y D. Francisco Creis Córdoba, miembros de dicha Asociación.*

Dibujo de José Lucas

# PRESENTACIÓN DE LA CONFERENCIA DE LEOPOLDO DE LUIS EN EL SENO DE LA ASOCIACIÓN AMIGOS DE JUAN ALCAIDE

Quien debe presentar a Leopoldo de Luis necesariamente debe citar los siguientes datos: nació en Córdoba y ha vivido desde niño en Madrid. Tras la Guerra Civil publicó en las revistas "Garcilaso" y "Espadaña" y en 1946 publicó su primer libro *Alba del hijo.* A partir de ahí publicó otras muchas obras como *Los imposibles pájaros* y *Teatro real* ambos en la Colección Adonais; *Juego limpio* en la Colección Austral, *La luz a nuestro lado*, *De aquí no se va nadie*, *Otra vez con el ala en los cristales*, *Del temor y de la miseria*, *La sencillez de las fábulas*, *Aquí se está llamando* y *Una muchacha mueve la cortina.*

Asimismo, un buen presentador también debe hacer mención de los numerosos premios literarios que ha obtenido el poeta, en este caso, Leopoldo de Luis. Así que debo decir que Leopoldo ha obtenido, entre otros, los siguientes premios: Premio Ausías March, Francisco de Quevedo, Odón Betanzos, Premio Villa de Rota y Premio Nacional de Literatura por su obra *Igual que guantes grises.* Tampoco debe olvidarse que ha publicado su antología general en 1989 en la Editorial Plaza y Janés, titulada *Los caminos cortados*, y que como crítico, ha estudiado la obra de Antonio Machado, Vicente Aleixandre y Miguel Hernández. Por último, también debo decir, por no olvidar ningún dato relevante, que Leopoldo de Luis es autor de una antología de la poesía social española contemporánea.

Todos los citados datos sirven para ponernos de manifiesto que estamos ante una persona realmente importante en el mundo de la poesía y, como presentadora, habría cumplido ante él y ante vosotros, el público, habiendo citado la enumeración de libros y premios, y pasando a continuación a realizar mi propia conferencia personal, para lo cual este poeta me serviría de excusa. Así que ahora, como una presentadora al uso, debería extenderme una hora aproximadamente con una tenebrosa disertación sobre la poesía de Leopoldo de Luis, de manera que a él le quedaran escasos diez o quince minutos, lo sufi-

ciente para que el respetable público tuviera constancia apenas del timbre de su voz que, por cierto, es muy bonito.

Mas, como el concepto de público aún me merece respeto y antes que nada interesa que ustedes conozcan, en la medida de lo posible, a la persona que les hablará a continuación, contaré aquellos datos que sí que considero relevantes para esta finalidad y que no son datos académicos, ni técnicos ni mucho menos, de lucimiento personal del presentador.

Leopoldo de Luis es un poeta que rompe tópicos. En primer lugar, si a estas alturas todavía hay alguien que identifica el arte de la poesía como patria exclusiva del sentimiento, le animo a que lea a este poeta para que compruebe cómo se escribe con la inteligencia. Detrás de su poesía hay vivencias y sentimientos, transformados en pensamientos, reflexión y racionalidad a través de una agudeza y finura intelectual que confieren un profundo respeto hacia esas vivencias y sentimientos. También rompe tópicos Leopoldo de Luis porque -no se si él estará de acuerdo- en los libros de literatura viene incardinado dentro de la poesía social. Sin embargo, y modestamente, entiendo que Leopoldo de Luis escribe con una riqueza léxica, destreza, profundidad y desde un intimismo que en algo hacen distanciarse su obra de la poesía social.

Y, por último, Leopoldo de Luis rompe tópicos porque confiere racionabilidad al pesimismo. Todos sabemos que tanto el optimismo como el pesimismo -literarios o sólo vivenciales- eluden una parte de la realidad y son sólo parciales. Sin embargo, después de leer a Leopoldo de Luis, el pesimismo cobra entidad y credibilidad precisamente por la fuerte carga de comprensión con que retrata el temor y la miseria; porque no impone su punto de vista al lector (hoy en día se agradece un poeta no totalitario literariamente), y porque su sobriedad implica a su vez distanciamiento hasta del mismo pesimismo.

Finalmente, quiero hacer notar el fuerte espíritu crítico de este autor. Espíritu crítico que tan necesario resulta en esta época donde la masificación y mediatización del pensamiento ahogan a las ideas individuales, tan valiosas para la conformación de una sociedad culta. A este respecto el argumento que se me antoja más válido es que quizá no debe hacerse demasiado caso de los juicios literarios de nadie, ni mucho menos de un presentador de conferencias.

Posiblemente sea más acertado optar por formarse literariamente -tarea de imposible finalización- para que en el momento de leer a Leopoldo de Luis, a Juan Alcaide y a tantos otros, uno pueda juzgar por sí mismo. Sobre este tema habla magistralmente Leopoldo de Luis en su poesía perteneciente al libro *Del temor y la miseria* llamada "Los prismáticos":

*Nos enseñan a usar unos prismáticos*
*y nunca vemos con los ojos libres:*
*todo a través de lentes convincentes,*
*de cristales graduados por los ópticos*
*de una cultura, un tiempo, una experiencia.*
*Nadie ve de otra forma que mirando*
*siempre a través de inevitables prótesis*
*que a su vez ponen paños a las cosas,*
*las falsean, las cambian, les den brillos,*
*o de opacos barnices las recubren.*

*¿Cómo serán las cosas ellas mismas?*
*Nunca sabré el diseño de la rosa*
*-así es la rosa-*
*ni el ángulo del ala*
*de aquellas golondrinas que aprendieron*
*nuestros nombres.*
*La sombra*
*del paraíso nunca va a aclararse.*
*Al uso de unas lentes compelidos,*
*nada vemos con nítidos perfiles.*
*¿Cómo serán tus labios que he besado*
*tanto, tu cuerpo, tus pupilas?*

*Jamás tendré los ojos tan desnudos*
*que puedan ver las cosas simplemente.*

*Aurora Gómez Campos*

# LEOPOLDO DE LUIS.
# UN POETA ÍNTEGRO Y UN HOMBRE CABAL

Cabalga Leopoldo de Luis por la frondosa y fértil campiña de su obra poética montado casi siempre en endecasilábico corcel, ajustando el ritmo de su cabalgadura a la musicalidad clásica de la métrica y la rima, unas veces asonantada y otras, la mayoría, con consonancias de la más pura ortodoxia. Defensor a ultranza de esa estrofa mágica que es el soneto y que muchos poetas de las nuevas generaciones desprecian olímpicamente, quizá porque no saben hacerlos y, por tanto, no pueden utilizarla. Ya sabemos que después de Lope, Quevedo, Góngora y Garcilaso, poco se puede mejorar en cuestión de sonetos. Pero ahí están los del amor oscuro, de Lorca, los del toro de Rafael Morales, los "garcilasistas" de posguerra encabezados por García Nieto, o los sociales de Blas de Otero, los románticos de Montesinos, los de Hierro, los de López Anglada, por ceñirnos a la agrupación de poetas de posguerra antes enunciada y a la que pertenece con honor y brillantez Leopoldo de Luis.

Lleva nuestro poeta en sus alforjas líricas una mezcla de nostalgias machadianas -generación del 98- y recuerdos vanguardistas del 27 (Vicente Aleixandre) dos referencias constantes en las devociones y admiraciones de Leopoldo de Luis. Del primero toma, creo yo, sus formas clásicas y esa manera ética de sentir y de pensar sobre los temas trascendentes de la vida. De Aleixandre recoge el sustrato, la esencia de su expresión poética. Podríamos aproximarlo también a Miguel Hernández, pero más desde la admiración y desde la afinidad de pensamientos y de sufrimientos, que desde las formas poéticas.

¿Es Leopoldo de Luis, junto con Blas de Otero o Celaya, un poeta social? Primero tendríamos que definir lo que es poesía social. Porque si se trata de que el poema dignifique la condición humana, llamando a la conciencia moral, a la ética y a la solidaridad colectiva, en busca de un mundo más justo y en defensa de los derechos fundamentales de cada individuo, yo diría que

sí. Leopoldo de Luis vive con el minero, con el carpintero, con el albañil, sus versos están salpicados de metales, de fraguas, de virutas... y de desesperanzas. Con su amigo Ramón de Garciasol, recorre las sendas sociales de la vida y aunque su poesía parezca íntima, no por eso deja de trascender hacia el bien y el interés común. Desfilan por su obra las miserias de una guerra perdida, de unos muertos nunca redimidos y una patria que ama profundamente y con la que, desde su íntima soledad, nunca está conforme. Su poesía, al igual que su persona, se sustenta en la ética, la moral y la justicia.

Pero si uno lee con detenimiento la obra de este autor, verá que siempre está la sombra de la muerte y el destino trágico de nuestra vida, acompañándole de forma persistente. Se puede pensar que Leopoldo de Luis es un poeta triste, trágico, en la línea temática de Carlos Bousoño en relación con la muerte, dando a entender que no es un ser plenamente feliz. Sin embargo, cuando uno lo trata y goza del privilegio de su amistad, el pesimismo se desvanece y ve en su rostro y en sus actitudes un hombre diferente, reflexivo sí, pero no atormentado. ¿Qué poeta no ha reflexionado frente al misterio insondable de la muerte? Que se lo pregunten a don Miguel de Unamuno, por ejemplo.

Leopoldo de Luis es un poeta comprometido. Comprometido con las causas nobles, con los débiles, con los desheredados, con los vencidos. Busca uno a Dios entre sus versos y no lo encuentra. Pero Dios está ahí, aunque él no lo cite, implícito en la filosofía profunda y noble de sus sentimientos, de sus denuncias, en sus deseos y en sus esperanzas de un mundo mejor.

Es Leopoldo de Luis un hombre modesto, de vida espartana, sencillo y metódico en sus costumbres, profundo en sus convicciones, de ánimo apagado, tal vez por los arrastres y lo desencantos de la vida: ¿pesimista? ¿triste? Es posible, pero es un poeta con valor y coraje, al que quizá la guerra civil y sus secuelas marcaron para siempre el carácter. Porque no es melancolía, sino serena reflexión sobre una vida que, a veces, no sabemos adónde nos conduce y sobre todo, con la duda de dónde muere y dónde acaba.

La grandeza de sus sentimientos se reflejan con mayor intensidad en el amor al hijo, tabla de salvación anímica. Orgullo de padre que no es más que el vivo exponente del que él experimentó con el suyo. Yo diría que Leopoldo

de Luis es un hombre apasionado por todo aquello en lo que él cree, metódico y cumplidor. Nunca niega a nadie una colaboración o un consejo. Es generoso con todo el mundo y siempre tiene en los labios una palabra culta y amable. La disciplina como norma y el trabajo como afán.

Y siempre, siempre, la indulgencia y la comprensión como testimonio de su bondad.

Este es el perfil humano de Leopoldo de Luis: un poeta íntegro y un hombre cabal.

*Francisco Creis Córdoba*

# LAS GUERRAS DE JUAN ALCAIDE

En el verano de 1938 un joven oficial del ejército de la República cruzaba La Mancha con propósito de incorporarse a su destino. Asignado al Estado Mayor del General Escobar, el puesto de mando se hallaba en aquellas montañas cárdenas del azogue, cuyo puerto es llano, al suroeste de la provincia de nombre real, y ya por la Sierra de Alcudia, a un tiro de piedra de Cabeza de Buey, hacia los pantanos del Zújar y la Siberia Extremeña.

Dado a las Letras, el joven viajaba con un pequeño bagaje literario en su memoria, acorde con la misión y el camino. Es el recuerdo de la lectura de un libro encantador. Libro del romántico Conde Alfredo de Vigny: *Servidumbre y grandeza de la vida militar*, pleno de nobleza y de serenidad ante el servicio de las armas:

*He apoyado la frente sobre el fusil, sumido*
*en largos pensamientos*

dice el conde francés en un poema extenso. Y si esta lectura acude por mor de la circunstancia bélica que motiva el viaje, otras dos lecturas reviven merced al escenario geográfico. Cerca está Mestanza, donde el inolvidable Miguel Hernández desarrolló una de sus "Misiones pedagógicas" y tuvo amistad con una joven maestra que se mereció un soneto ("A tus facciones de manzana y cera / Carmen...").

Un poco más al sur, y a punto de pisar la mole de Despeñaperros, está Venta de Cárdenas, uno de los escasos topónimos que don Antonio Machado colocó al pie de sus poemas. Es para aquel poema "A Narciso Alonso Cortés, poeta de Castilla". Don Narciso fue el profesor de Literatura del joven viajero:

*Tus versos me han llegado a este rincón manchego,*
*regio presente en arcas de rica taracea*

Rinde viaje el joven militar, aprendiz de poeta, en Almadén. Allí tendrá dos amigos manchegos: un sastre y un fotógrafo. Los dos coronan y consuelan sus oficios menestrales con aficiones poéticas. Ellos le hablan de un poeta, maestro rural, que ya ha publicado un par de libros y ha divulgado sus poemas en páginas locales.

Al joven militar, con sus estudios recientes y sus gustos innatos, le gana el interés, y se apresta enseguida a conocer al poeta manchego que andaba por los treinta años y ya era maestro y autor (dos cosas que el joven ansiaba).

El alevín de poeta le llevó un manojo de versos. Romances de guerra que Juan Alcaide leyó, sin duda con más paciencia que provecho, y sobre los que escribió unas cuartillas estimulantes que vaya usted a saber por donde se las tragaron los azares de la contienda y su coda.

Cayó la dura mano de la paz difícil sobre las tierras de España, y amargas vicisitudes alejaron por un tiempo al joven de la vida literaria. En el año 44, su amistad con José García Nieto vuelve a traerle el nombre de Juan Alcaide y el valor de las publicaciones sucesivas del manchego. Si la noticia de su vida fue para él el viaje militar del 38, la noticia de su muerte le llegó, con su tristeza, por un breve cuaderno que el poeta Emilio Ruiz Parra, a la sazón cuidador activo de la revista jiennense "Aljaba", le envió, signado por la propia colección. "A Leopoldo de Luis, poeta y amigo, "en nombre" de su autor". Pero su autor ya no podía dedicar libros sino desde el silencio.

*Yo soy de la llanada, tengo el alma*
*silenciosa y sencilla cual mis campos*

Es un autorretrato que nos traslada al gusto modernista. Desde que Rubén Darío abrió *Cantos de vida y esperanza* con

*Yo soy aquel que ayer no más decía*
*el verso azul y la canción profana*

los autorretratos se prodigan. Manuel Machado dirá:

*Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron,*
*soy de la raza mora, vieja amiga del sol*

Y don Antonio:

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla*
*y un huerto claro donde madura el limonero*

Y Enrique de Mesa:

*Ya conocéis mi destino,*
*soy poeta y español*
*y no quiero más que sol*
*y mujer en mi camino.*

Y Emilio Carrere:

*He tejido mi canto con jirones*
*de las sombras de mi alma atormentada.*

Con este precedente, ¿será Juan Alcaide un modernista rezagado? Su devoción por el maestro de *Soledades* podría abonarlo, porque el Machado al que se acoge es el de primera época y no tanto el de las preocupaciones noventayochistas.

Su regusto modernista se delata, como llegado desde el mismo Rubén Darío, de una manera sensual. En su poema "Eva":

*Eva tiene los labios como en lacre tallados ,*
*como una flor de sangre cuyo aroma envenena;*
*sus ojos son profundos, diabólicos, rasgados*
*con no sé qué misterio de tragedia y de pena.*

El propio Alcaide cita en ese poema a varios modernistas: Romero de Torres, Manuel Machado, Villaespesa. Pero muy bien podría haber citado a! mismo Rubén, en aquel poema de *Prosas profanas* que alaba los ojos negros; y que comienza de forma parecida:

*¿Eva era rubia? No, con negros ojos*
*vio la manzana del jardín: con labios*
*rojos probó su miel...*

A veces, con atisbos parnasianos, Alcaide fue un poeta en guerra consigo mismo. Como todo verdadero poeta, como todo poeta auténtico. Busca la paz, pero no siempre la encuentra en su conciencia. Yo diría que esa guerra interior le llega por cuatro batallas: con el estilo y la palabra; con el amor; con la ideología; con la muerte.

Con el estilo, porque, nacido en 1907, está decididamente ubicado en la generación del 36. Compañeros suyos de viaje vital eran Vivanco, Panero, Rosales, Carmen Conde, José Luis Cano, Muñoz Rojas... El propio Miguel Hernández, que es el único al que se acerca. La poesía de Alcaide tiene poco que ver con la que escribe su grupo, salvo con la de Hernández. ¿Por qué? yo creo que a causa de que a ambos les faltó una profunda influencia de Juan Ramón Jiménez. Miguel, aunque se declaró admirador del autor de la *Segunda Antolojía,* no lo sigue y conecta directamente con los del 27. Alcaide se inclina decididamente por Antonio Machado, que fue la otra salida del Modernismo. El leve recuerdo Juanramoniano que Florencio Martínez Ruiz cree ver en su excelente estudio, apenas si tiene peso.

Como Miguel, Juan se incardina en la tierra, y en un realismo lirificado e impregnado de vivencias escribe, reivindicando términos agrarios, de sabor entrañablemente popular. Todos sus críticos han insistido en ello, así como en su Machadismo. No hay que insistir más por mi parte.

También como Miguel ha sostenido Juan la estrofa cerrada de arte mayor y la rima perfecta. Si Miguel tuvo la peculiaridad de echar mano del verso anapéstico (y es memorable su gran poema "Yo creí que la luz era mía"), Juan ensaya, al menos un par de veces, una suerte de hexámetro latino. Recuérdese el poema "Envío":

*¡Discípulos fuertes e ingenuos que lleváis vuestra tierra*
*espejada en los ojos sencillos!*
*¡Los que os hallé en el grácil momento de cambiar vuestra*
*flor por un roble!*
*¡Yo os evoco al morir de la tarde, mientras miro los prados*
*del cielo y un tremendo "ijujú" me rebota*
*en la sangre caliente!*

O el poema, ya de última época, "A tierra y sangre":

*Divina la tierra difícil que me puso en la boca*
*del alma sus ricos pezones;*
*la que ensayó, meciéndome el sueño, terribles Atlánticos grises;*
*la que juntó los Tobosos de barro de todas sus negras bodegas,*
*para ofrecerme un Vesubio de mosto de bruta hermosura.*

A Miguel, le conducen la voz los influjos de Aleixandre, de Neruda, de Gerardo Diego. La voz de Juan, más agarrado al clavo ardiendo aún del Modernismo, respira por una herida azul, donde no faltan los símbolos de la fuente, la tarde, el jardín, ni las citas de Bécquer y del Kempis. Ni los personajes históricos o literarios, con toques parnasianos como sus sonetos a ciudades:

*Llora un sin fin de amadas Rosalías*
*la dulzura meiguiña de tu huerto*
*y en esa pena en que el dolor se ha muerto*
*moja su encanto el sueño de tus rías*

donde el poeta manchego no duda en contemplar objetivamente el paisaje gallego. Un soneto alejandrino, "Perfil borroso", confirma el aire parnasiano:

*La palabra hecha carne. Lo visto nunca visto.*
*¡La hermosa carcajada del latido y la idea!*

¿Qué guerra mantuvo Alcaide con su estilo, con la palabra, manteniéndose en un tiempo poético anterior, atenazado por penas actuales? Era una lucha que le arrancaba lo que García Nieto en su carta de 1955, dentro del libro *La red,* llamaba

*" ... gritos pueblerinos*
*de gracia y de desgracias*
*servidas con palabras restallantes".*

Juan le había pedido, para indagar sobre la Soria machadiana:

*Tócame con tu voz mi pobre lodo*

¿Llamaba "pobre lodo" a su vida o a su palabra? Al final de su existencia y para despedirse de ellas, llamó a sus palabras:

*¡Lázaros de mi fe! ¡Pájaros míos!*

y se preguntaba:

*¿Qué nube aliviará vuestros fracasos,*
*troqueles de mi verbo bien-naciente?*

Daba por fracasos, quizá, cuanto intentó. Pero así consideran su obra todos los poetas que no pecan de egolatría. No es un poema otra cosa que un fracaso, siempre. Lo sabemos cuantos lo intentamos. Pero Juan sabía también que las palabras pueden ser *troqueles* -ya lo dice-, moldes para acuñar la moneda del verso y la del alma. Y ambas monedas las entregaba Juan con munificencia. Y sus versos eran bien nacidos porque él era bueno. Porque se murió -también lo dijo- "de no saber ser malo".

Quizá por no saber ser malo cayó en guerra de amor. El amor a una mujer, ¿se frustró siempre?

*Tú no me recibiste como yo te esperaba.*
*Yo me hubiera tendido sobre toda tu frente,*
*y abriéndome las venas, quedándome en la grava,*
*te hubiera dado el zumo de toda mi corriente.*

.....

*Mas no acudió al regreso la gracia que emplazamos.*
*Yo guardo de tu historia mi Domingo de Ramos*
*y este viernes de muerte que nos pierde a los dos.*

Creo ver en Alcaide un misógino, quizá por su carácter tímido que es la sensación que me produjo en nuestro único encuentro.

*La hora*
*fulge como incendiada de una luz bienhechora;*
*nada más me hace falta para pensar en ti.*

*Yo estoy solo contigo, contigo porque ahora*
*estás siempre lejana, en espíritu, aquí.*

Nada más explícito de esa poesía amorosa desilusionada que estas "Rimas", tan becquerianas:

*Es ésa. Sola y ciega*
*embriagada de sol y soledades*
*no tendrá nido nunca*
*pero viene a llamar a tus cristales.*

Insisto en que Juan era un tímido, con miedo de la experiencia amorosa. Estaba condicionado por la vida familiar, al cuidado de dos mujeres y sin la sombra del padre. Sufre, seguramente, la influencia ética y religiosa, y entraría muy bien en el estudio de la timidez y sus comportamientos, tan minuciosamente analizados por el Dr. Marañón en sus comentarios al "Diario" de Federico Amiel, el profesor ginebrino. La timidez se forma en la infancia. "La estrella que alumbra el despertar de nuestro sexo nos acompaña siempre".

En ese guerrear, hay un frente intacto: el del hijo. El hijo que el poeta no tuvo, pero que sin duda deseaba:

*Te pido un hijo. ¡El hijo! Dile cómo te llamo,*
*dile cómo te escucho, dile cómo te creo.*
*Dile que de mi fiebre la fiebre tuya es amo:*
*tu látigo me manda cada vez que te veo.*

*Yo quiero que él me quiera como pueda quererte,*
*yo quiero que en su nervio mi fósforo sea tuyo.*
*Yo quiero que en su vida se desquite mi muerte*
*de la oscura pantera que me come en tu arrullo.*

*Quiero que con tu risa mi niebla se descorra.*
*Quiero que con tus labios mi aliento se inocule.*
*Quiero que con tu gozo me sude la alegría.*

*Llenar quisiera el hueco de tu colchón de borra.*
*Ser cifra en el teorema que tu sangre formule...*
*¡Quiero verme en tu carne, con pleno mediodía!*

Puede que sea éste el poema más erótico que haya escrito Juan, y, como se ve, es un anhelo, algo puramente desiderativo. No una experiencia real. En esto se diferencia de Hernández, al que recuerda en varios momentos, sobre todo en ese verso en que el amante quisiera "llenar el hueco del colchón", en línea con el hernandiano "pido que nos echemos tú y yo sobre la manta".

Como una sensualidad imposible, se liquida el tema -por así decirlo- con los seis versos de un poema de *Jaraíz:*

*A través de tu lengua llevará un hijo tuyo*
*la saliva infinita de aquel beso primero.*
*Será como un rugido, será como un arrullo,*
*será la cruz que cruce sendero con sendero.*

*A través de tu lengua llevará un hijo tuyo*
*la caricia imposible de un nido sin alero.*

Es curioso comprobar cómo abordan la temática del hijo algunos poetas que no los tuvieron. Como las mujeres que consuelan su esterilidad adoptando hijos ajenos, hay autores que desvían su falta de descendencia biológica con un recurso poético. Es el caso del maestro Vicente Aleixandre en el impresionante poema "La sombra", de sus *Diálogos del conocimiento.* Allí se constata la mecánica ciega del acto sexual para la procreación. O el caso de Ramón de Garcíasol, que parece necesitar transmitir idealmente sus consejos éticos a un hijo supuesto. Juan Alcaide, por su parte, supervalora la paternidad moral del maestro sobre sus alumnos, confiere importancia al alma moldeada sobre la carne engendrada:

*Hijo:*
*Yo no te he dado ni cuerpo ni alma,*
*pero tu vida, por eso, es más mía,*
*y me perteneces más que cualquier hijo*
*que hacen parir beso y caricia.*

.....

*Hijo:*
*Yo no te he dado ni cuerpo ni alma,*
*mas tampoco la mancha de la carne parida.*

Recuerdo, a este respecto, que D. Miguel de Unamuno contaba la historia de un hombre zafio y grosero que comía desmedidamente. Se jactaba de tener muchos hijos y D. Miguel le decía que eran hijos directos de su comida, pero que sus verdaderos padres eran sus maestros.

En esa guerra de amor, entra el amor por la tierra y por la historia. Muy comentados han sido por sus críticos los poemas manchegos de Alcaide. Sus campos, sus paisajes, sus símbolos. Pero a mí me gusta detenerme y -haceros detener- en la tendencia por las gentes humildes y sencillas, como esas dos figuras del Quijote: Maritornes y Sancho.

*Yo llego hasta tu chambra, Maritornes.*
*Lo mismo que desfrunzo una cebolla*
*voy pasando mis dedos por tus bornes,*
*dejando en desnudez tu fácil joya.*

.....

*Hoy llego hasta tu chambra estremecida.*
*Tu gordura es de Dios. Me maravillo*
*¡oh doña Maritornes sin medida!*
*Por esas negras ventas de la vida*
*sigue alumbrando al místico y al pillo.*

La humilde mujer pasa por el poema, con el temblor de su ternura y el peso de su amargura, en una vida cuesta arriba. Y el otro poema:

*Bajo la hiriente luna llena*
*que afila en hielo vivo sus tiritantes besos,*
*Sancho crucificado se desangra en su pena...*
*Un Longinos de pólvora rompe al aire una vena,*
*y a la noche le crujen sus látigos de huesos.*

Pero a este poema a Sancho regresaremos en seguida para otras consideraciones. De momento me importa subrayar esta atención de Alcaide por seres modestos, buenas gentes del esfuerzo y la pena. Los de la intra-historia de Unamuno. Los que viven por sus manos, que dijo aquel poeta.

Por aquellos años -algo después- Gabriel Celaya, en sus *Cantos íberos,* canta asimismo a Sancho, como substancia viva del pueblo español. Sancho, hombre honesto, que al señorito Quijano le trata de caballero. Este aspecto democrático y liberal de Alcaide le honra y le vincula al talante más limpio de la poesía de pensamiento.

¿Pensamiento consecuente siempre? Esta es la tercera guerra de Juan Alcaide. Su ideología de hombre religioso debió de verse perturbada con el hecho trágico y cruento de la guerra civil. Como muchos intelectuales, Juan era timorato, otra de las características de su talante que me pareció percibir. Sin embargo, pertenecía a un cuerpo benemérito y de espíritu progresista: el Magisterio, uno de los más sufridos, tanto en paz, por su escaso nivel económico, como en guerra, por sus muchos represaliados. Alcaide se refugió en la lírica pura. El ambiente cultural de la zona en que Alcaide se encontraba acuciaba a la colaboración. La irrupción súbita del romance alusivo a la contienda arrastró a los poetas del momento, lo mismo si tenían nombre relevante que si eran sólo aficionados. Las mejores figuras: Alberti, Altolaguirre, Prados, Aleixandre, Cernuda, Miguel Hernández... publicaban poemas con profusión. Alcaide debió de experimentar una guerra interior. Acaso pensó que sustraerse del todo al clima general podría irrogarle algún perjuicio. Por otra parte, el asesinato de García Lorca fue de enorme trascendencia. Son numerosísimos los poemas que se le dedicaron, empezando por aquel hermoso "El crimen fue en Granada", de su maestro Machado. ¿Podía un poeta como él quedar al margen? Y escribió dos poemas sobre ello. No van directos al asunto, sino que se utilizan dos personajes intermedios: Mariana Pineda y el Conde de Orgaz en el cuadro de El Greco.

Para el primero, se sigue con un romance muy lorquiano

*-¡Sepultureros, dejadme,*
*que soy Mariana Pineda!*

.....

*Muerte sobre el mundo, apunta*
*que voy a gritar con fuerza:*
*¿Granada, dime, Granada,*

*qué has hecho de tu poeta?*
*Para ti la más terrible*
*maldición, si no contestas.*

Es claro que echarle la culpa de la muerte a la ciudad, y no a los asesinos, es una manera de desvirtuar lo más posible el suceso. Un poco antes, en la boca del Camborio -otro personaje lorquiano- se dice: "Un bosque de fusiles / malditos te asesina".

Algo parecido se hace con el entierro del Conde Orgaz. Hay que reconocer que el planteamiento es original. El poeta imagina un grupo de acompañantes que sustituyen "ochenta barquichuelos de charol" en evidente referencia a la Guardia Civil. No fueron, sin embargo, guardias civiles los que mataron a Federico García Lorca. Pese a sus perífrasis, el poema se compromete algo más que el anterior: gitanos con las manos atadas y "un pueblo que no come y que se muere / durmiendo en su guitarra".

*En la mitad del cuadro,*
*una mujer que llora, malcasada,*
*canta a los caracoles y a los machos cabríos*
*con la voz de cristales de sus lagrimas.*
*Hay a sus pies un costurero grande...*

Es al final, tan lorquiano, como se ve. Tuvo mimbres, sí, "mimbres de pena" el poeta para tejer un conjunto de piezas líricas ambientadas en la coyuntura trágica en que nos hallábamos.

Matías Barchino, en su completo análisis para la nueva edición de *Mimbres de Pena,* recoge variantes como la que presenta

*Ochenta zapatitos de charol*
*Cuarenta gitanillos*

Con esa versión, es lógico interpretar que los 80 zapatos corresponden a 40 gitanos.

Pero en la primera edición decía "Ochenta Barquichuelas de charol" que aún cuando pueda seguir siendo válida la asociación con zapatos, resulta difícil no traer a la memoria con *charol,* el uniforme de la Guardia Civil. Charol es la metonimia empleada por Lorca en el Romancero: "con el alma de charol".

En lo que estoy plenamente de acuerdo con Barchino es en considerar este poema de Alcaide como original y sincero. Original, porque la intertextualidad de que se le acusa es un elemento lógico y eficaz. Todo homenaje suele adecuarse al estilo del homenajeado. Sincero, porque quienes vivimos el suceso sabemos qué grado de sorpresa, indignación y dolor causó en todos. De edad parecida a la de Juan, Miguel Hernández reaccionó, en carta a José Mª. de Cossío, interrogando asombrado: "Es cierto, cierto, lo de García Lorca". Y escribió enseguida su "Elegía segunda".

Pero sigamos con otras muestras de Alcaide.

El poema "Esos" no es un poema claro. Alude, sin duda, a las gentes implicadas que luchan y que esperan la paz:

*-Cuando acabe la guerra compañero...*
*- Mi pueblo es blanco; pasa un río...*

Versos que simulan un diálogo entre combatientes. Pero la ambigüedad es una característica de estos poemas. El titulado "Iré" se dirige a los muertos:

*Esta sangre que tengo ya no es mía*

y, como una restitución, promete:

*os la devolveré con la alegría*

Quiere desenterrar los restos: como un romántico o como un Miguel Hernández:

*Iré entre arcilla y cal desenterrada*

y quiere identificarse con los muertos, a través de la naturaleza: el viento, los montes, los llanos... Su mismo cuerpo es "camelia de sombras, cuchillos de fósforo, fuente de gritos" con lo que alude a la frente, los ojos y el pecho. Y cuando vuelve a referirse al cuerpo, citará a los ojos que han llorado, al pecho como tabla que ha crujido, a los labios como flores que han besado y al sueño que no se cumplió. La esperanza que invoca es

*Como un chorro de avispas delirantes,*
*picándonos en fe los corazones,*
*regándonos de triunfo los semblantes.*

El lector puede preguntarse qué fe es la erigida o qué triunfo se anhela, porque, como antes indico, se trata de un poema que, con intención o no, resulta ambivalente.

En el poema "Los ojos del Guadiana" la guerra consigo mismo deja la más intensa poesía de Alcaide:

*De niño era la angustia*
*de escuchar "Tú no juegas".*
*Toda la tarde entonces*
*como si fuera negra.*
*Se caían los sueños,*
*era odiosa la escuela,*
*yo no se por qué cauces*
*circulaba la pena*
*que llegaba a la charca*
*de las malas ideas.*

¿Nacen aquí muchas de las indecisiones del poeta, del hombre, muchas de sus "guerras"?

Por otra parte, la movilización, consecuencia de la contienda armada, supuso para Juan una forma de salir del pequeño mundo provinciano:

*Conocí otro mundo, anduve*
*por otras sendas, corrí...*

La proliferación romancística -antes la aludí- supuso un importante hecho cultural sin precedente. Varios volúmenes dan constancia de ello, en varios idiomas. En aquel momento no podía dejar indiferente a Juan Alcaide que, además, había aprendido ya en Lorca el manejo del octosílabo de imagen colorista. Los escribió. Otra cosa hubiese sido extraña. Recordaré "Gestos". O el "Romance del Río Ebro" motivado en la más brillante operación del Ejército de la República, en el verano del 38. Alcaide tenía que saber muy bien que tal acontecimiento motivó a don Antonio Machado un soneto que, dicho sea de paso, ha sido injustamente juzgado por algunos críticos. Alcaide tiene en su romance un par de versos algo más explícitos que de ordinario:

*La luz victoriosa y fría*
*del ejército del pueblo*

El "Romance de Don Benito" se vincula, aunque sin citarlas, a las acciones desarrolladas por el Ejército de Extremadura, mandado por el General Escobar, en las cuáles -dicho sea de pasada- yo tomé parte.

Ambientado en esos mismos hechos de la guerra por Extremadura es "A la bota que se quedó sola", poema que envuelve en un tono sentimental la muerte de un soldado. Esos restos que quedan abandonados en un suceso trágico: un zapato, una carta, una chaqueta, cualquier objeto personal, presentan siempre un hondo patetismo.

Semejante aire sentimental tiene otro poema, dedicado a una muchacha que teje jerseys de lana para los combatientes, aunque se mueve un poco entre Lorca y Villaespesa.

"A Emiliano Barral", el escultor que modeló una cabeza de D. Antonio Machado, canta su muerte en el frente de Madrid. Ya Carlos Murciano, en su conferencia del año 97, corrigió la pintoresca errata con que se ha transcrito el título.

Especialmente original es el romance "Tubal-Caín", donde se busca la raíz del drama nacional y el enfrentamiento fratricida en los propios ancestros de lo ibérico: Tubal, el legendario primer habitante de la península, asociado al

cainismo que estigmatiza nuestra historia. Un tema muy machadiano y muy del 98.

Fueron muy frecuentes en esta poesía de guerra los poemas a los mineros. Los asturianos -recientes aún por entonces los sucesos de octubre del 34- eran especialistas en explosivos. Fueron dinamiteros y antitanquistas. Son los "Asturianos de breveza", según el romance de "Vientos del pueblo", en el famoso libro de Miguel Hernández. Pero la mina no es sólo Asturias. Juan Alcaide se acerca a la de Huelva y se acuerda del poeta José María Morón (unos años mayor que él, aunque murió más tarde) y su libro "Minero de estrellas". Asimismo se acerca a las gentes de Puertollano y de Almadén, una de cuyas cabezas representativas fue esculpida -Juan lo dice- por Julio Antonio en su serie de hombre de La Raza.

En Almadén estábamos Juan y yo, aunque no nos veíamos. Ya les he contado a ustedes nuestro único encuentro. Almadén sufrió, a primeros del 39, un fuerte bombardeo que mató, entre otras personas, a una muchacha, sin duda amiga de Juan para la que escribió el poema "Veintidos años". Es un poema muy semejante a las décimas de la dinamitera mutilada que cantó Miguel. Hasta se llamaban lo mismo: Rosario. Dice Juan "Rosario, Rosa minera". Y dice Miguel: "Rosario, dinamitera".

De Almadén es la plaza que Juan Alcaide evoca en dos sonetos: "Aquella voz", que deben de ser muy del final de la guerra (el poeta los fecha en febrero del 39), porque el poeta filtra un verso: "Te volverá a cantar la primavera" que es claro recuerdo del himno de Falange Española.

En la revista "El Frente" y en noviembre del 38, Alcaide publicó dos poemas: "Tarea" y el que comienza "Nadie te ha robado". El primero es una silva romanceada en la que el hijo, campesino, sale para el frente y anima al padre anciano para que trabaje la tierra:

*Vamos a sembrar juntos*
*la libertad de España*

El otro poema, que, como digo, no tiene título, exalta la defensa de Madrid,

comparándola con un anillo que nadie puede robar ni romper. Se desarrolla en versos irregulares y utiliza temas de un casticismo tópico.

Aún habría que comentar "Ofrecimiento a la estación que llega", fechado en marzo del 39. Poema clave, en cuanto marca la inflexión de la poesía de guerra en Alcaide, hacia su poesía de postguerra. Es verdad que en marzo llega una nueva estación climatológica, pero también lo es que en marzo se produce la derrota de la República, con el triunfo del ejército del general Franco. De ahí que la frase de "un ideal esperado" haga crecer la duda:

*Llegas de nuevo a mí. Me ves vestido*
*de un caliente sudor desesperado.*
*Mi corazón me puede: me ha crecido*
*y llevo doble sangre en mi costado.*

*La sangre que me exige, día a día,*
*mi ofrenda de honradez segura y clara.*
*La que me impone mi camino y guía*
*la orgullosa nobleza de mi cara.*
*La que me dice dónde debo estarme*
*y a cuál blanco mi fe ponga su anhelo.*

El lector puede interpretar fácilmente que el "sudor desesperado" se producía por la actividad, mayor o menor -y, en vista del número de poemas publicados, hay que decir que mayor- en el campo de la literatura republicana. Sin embargo, el poeta reconoce que su corazón se ha dividido -sería un caso de eclecticismo político- y lleva dos sangres. En un poema simboliza con la "tierra de nadie."

Sin duda más que los propios textos, lo significativo es la participación. Juan Alcaide tomó parte en el desarrollo de la literatura de la guerra civil desde el lado republicano, y pertenece a esa literatura, a su historia. Cuando el catedrático de la Sorbona, Serge Salaün, concluye su estudio sobre *La poesía de la guerra de España,* en el índice onomástico Alcaide aparece entre Alberti y Aleixandre. Alcaide y sus poemas de guerra, son historia indeleble.

Pero, amigos, concluye la contienda, y Juan se reincorpora a su puesto en el Magisterio. No me consta que Juan sugiera más contrariedad en una España cuya mitad cayó bajo la mano de la represión salvo el expediente de "depuración" impuesto a todos los funcionarios. Los poemas que en ese momento va a escribir no puede decirse que tampoco sean entusiastas. Se comprometen algo más que en el caso anterior, pero distan mucho de ser serviles ni turiferarios. Ni sé ni me importa si, al fondo, hay un sentimiento de adhesión. En todo caso, como en los de signo contrario, hubiera sido difícil no escribirlos. Quien os habla, no conoce las circunstancias de época de oídas o de leídas, sino de *vividas*. Su caso -el de Alcaide- no es único ni más llamativo que otros. Los conflictos fratricidas crean también conflictos de conciencia, no siempre inmune al temor o la tolerancia. Por otra parte, el tono poético no cambió mucho. Cambió la dirección y la anécdota, pero el planteamiento estético, individualista, es el mismo. En último término y en mi opinión, un poeta no se salva o se condena por sus ideas, sino por la intensidad y la calidad de su poesía.

Poeta de sentimientos religiosos, Juan Alcaide dedica un poema a Santa Teresa. Es posible que el contexto cultural le inclinara a imprimir un acento imperial, como resucitando el siglo XVI, que le lleva a exclamar: "Se agrandó España", y habla de una victoria que ya no ofrece duda. Con todo, lo más politizado del poema es encajar en un verso la frase "Arriba España", no necesariamente teresiano.

Antes me referí al poema a Sancho. Se ve que está promovido por el traslado itinerante y a hombros del cadáver de José Antonio Primo de Rivera, desde Alicante a El Escorial. El cortejo atraviesa La Mancha. Su solemnidad debió de impresionar al poeta. También le impresionó a Dionisio Ridruejo, y lo llevó a sus sonetos.

Como en el caso de García Lorca, Alcaide no produce invectivas contra los ejecutores de Primo de Rivera. Se limita a figurar que Sancho, representante del pueblo llano, contempla el suceso y exalta la pasión española. La única concesión que Alcaide hace es dejarse llevar por la retórica falangista en el verso que dice: "y pasa el capitán de los luceros".

La misma retórica emplea, con utilización de símbolos conocidos, en el "Himno al despertar":

*brotó en la lanza mía*
*sobre las cinco flores*
*que en mi camisa abrió*
*la nueva aurora*

Así liquida su guerra ideológica encendida por la contienda, el poeta Juan Alcaide. Como ya dije, parece ampararse en la lírica más pura posible. No entra en la poesía social ni menos en la poesía política. Sus toques son mínimos. Elude el compromiso y si da testimonio es de manera circunstancial y anecdótica. Reconozcamos que así suelen proceder, en casos semejantes, la mayoría de los poetas. Dan por hecho que la poesía lírica es inocua. Ya es conocida la anécdota del poeta Jesús Juan Garcés, co-fundador de la revista "Garcilaso" en los primeros años cuarenta. Parece que fue detenido por un grupo de milicianos que le preguntó por su profesión. "Yo soy poeta lírico", contestó. Y lo soltaron.

Otra guerra libró Juan alcaide con la muerte.

Enfermo de gravedad -en esos años, la tisis era un mal casi sin curación-. Murió a los 43 años: joven todavía. Los dioses secuestran pronto a sus elegidos. Carlos Murciano, en su preciosa conferencia de 1997, llevó a cabo un emotivo repaso de esa oscura fascinación que es la muerte de Juan.

*... un vómito*
*de sangre cortó el relato*
*y el pañizuelo manchóse*
*de un cárdeno casi morado*

Casi morado. La cardencha en flor ¿no es morada? ¿No son moradas las montañas del azogue? ¿El cielo a la caída de la tarde no es morado? y el desaliento, ¿no lo es también?

*un amor no cuajado,*
*una fraternidad no conseguida,*
*un triunfo no alcanzado*

En esta guerra el poeta perdió -¿Cómo no?- la última batalla.

*Tuberculoso aroma. Adormideras*
*nacidas en mis sesos.*
*Un poco de humo muerto en las ojeras*
*y una boca sin besos.*

(¿Sabía él, de antiguo, su mal, y eso le causó tanta vacilación?). He aquí otra coincidencia -trágica- con Miguel Hernández, a quien comió la tisis nueve años antes.

Estas fueron, según y como yo interpreto, las guerras de aquel gran poeta. En ellas se batió con más aceptación que coraje, con más ansias de belleza que de sobresaltos. Comencé recordándoles un autorretrato que el poeta escribió tempranamente. Les recordaré otro, ya al final:

*Soy el de siempre. Sufro. Mi silla está baldada*
*de sostenerme el yeso de estos huesos cansados.*
*No busquéis nueva lumbre dentro de mi mirada.*
*Tengo todos los cuentos de mi infancia, contados.*

Había contado todos sus cuentos, todas sus vivencias, hasta todas sus contradicciones. Un día dijo que él era un bloque de materia poética. Yo diría, mejor, que era un poeta capaz de poetizar todo en un bloque. Como Miguel: otra semejanza.

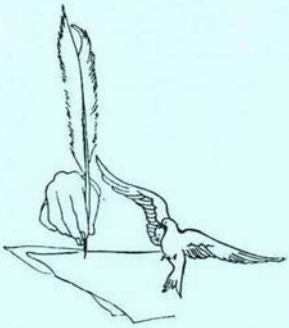
En el corazón de La Mancha, tierra de planicies militares y de piedras castrenses, vivió y murió este poeta de paz, arrastrado a sus guerras.

Aquí escribió una poesía tradicional y fervorosa, una poesía de ojos y de alma abiertos, una poesía profundamente humana.

Y en el corazón de La Mancha un grupo de amigos fieles y generosos, guardan y honran su memoria con inmarchito amor. Quizá sean aquellos a los que él se dirigía:

*Mis nobles, mis prudentes, mis cálidos amigos.*
*Los que escucháis mi angustia como una voz sagrada.*
*Miradme así, el de siempre, con mis dedos mendigos.*
*¡Curadme de estos huesos de mi silla baldada!*

Juan Alcaide: esos amigos cuidan de tu voz y te curan los huesos del olvido. Y yo, aquel joven viajero y hoy viejo poeta, estoy con ellos, y te recordamos, vivo en nuestra memoria. Triunfante de tus guerras ¡Feliz tú!

Nada más. Muchas gracias.

*Leopoldo de Luis*